

INTRODUCCION

El cáncer se encontraba, hasta comienzos del Renacimiento, envuelto en el magma confuso de las enfermedades crónicas y mutilantes. Los primeros trabajos de Paré, el genio de Bichat y de Laennec y el notable descubrimiento de la célula y la composición de los tejidos, individualizaron la familia neoplásica con el conocimiento preciso de sus constituyentes y formas de comportamiento. El afán de investigación se dirigió entonces hacia la búsqueda incesante y pertinaz de sus causas íntimas que permanecían, como hasta hoy, misteriosa e implacablemente ocultas. El sensacional descubrimiento del insospechado mundo de las radiaciones y su inmediata aplicación práctica en el tratamiento de los cánceres superficiales, volcaron el interés, renovado hacia la curación del mal; se instalaron establecimientos apropiados para investigar estas propiedades terapéuticas y encontrar los métodos científicos indispensables para la aplicación sistematizada de este nuevo medicamento.

Iniciada en Francia la organización científica y social de lucha contra la enfermedad, se extendió pronto a los países europeos y a América, hasta adquirir la fisonomía de una gigantesca campaña mundial dirigida por un poderoso organismo central: la Unión Internacional contra el Cáncer.

El conocimiento del desarrollo de esta lucha, larga, difícil y costosa, es muy útil para la propia organización anticancerosa de los países aún poco evolucionados en este aspecto. Las características especiales de aquellos establecimientos básicos para la lucha contra el cán-